

PRO EUSKERA

LA lengua, atributo el más eficaz y característico de un pueblo, es al propio tiempo la manifestación más clara y categórica de su existencia.

Vire un pueblo vida propia y floreciente, cuando conserva su lengua, que es la genuina expresión de su alma.

Por eso, nosotros, que amamos a nuestro pueblo con acendrado amor, veneramos nuestra lengua milenaria con transportes de férvido entusiasmo.

Y para que el pueblo vasco viva, pedimos a Dios que conserve la vieja lengua de nuestros mayores.

No queremos una lengua que sirva de recreo a sabios bibliomanos, ni a lingüistas y eruditos cultivadores de la ciencia por la ciencia, sino anhelamos porque nuestro adorable idioma viva en los labios, y más aún, en el corazón de todos los hijos de esta noble tierra.

Porque como ha dicho un tratadista: «una lengua vive, cuando conserva todas sus energías para expresar las ideas y sentimientos del pueblo, grande o chico, a quien pertenece».

Las lenguas no son plantas de estufa, adquieren su fragancia en el campo de donde proceden, donde se desarrollan y donde deben de perdurar.

Los laboratorios no pueden infiltrar a una lengua la vida que les pueda faltar; antes, bien, sus experimentos servirán para abreviar la existencia, y a lo sumo, la prepararán excelsos funerales.

¿Dónde viven las lenguas?, se pregunta el tratadista a que antes hemos aludido, y se contesta: «Precisamente, en los remansos de la vida humana. Donde la vida humana florece, pero goza de cierta quietud».

tud y aislamiento. En los *trivios*, en las encrucijadas, se forman las algarabías; los engendros espúreos del lenguaje. En los mercados célebres, en los países que han sido durante siglos teatro del choque entre varias razas, no busquéis esos idiomas fragantes y castos, que se prestan maravillosamente a expresar los matices de la idea y del afecto, sino más bien jergas mercantiles, ricas, tal vez, en el número de vocablos y cómodos para la concisión precisa de los contratos».

En el pueblo, pues, tiene su vida la lengua, en el lenguaje poético popular *folk-lore*; y éste ha sido siempre el manantial repuesto a donde han ido a estudiar el lenguaje fragante y sabroso, los creadores de formas literarias.

Tratando de esta materia un autor, reputado en esta clase de disciplinas, toma al pueblo vasco como modelo para la comprobación de su tesis y se expresa en los siguientes términos, muy dignos, ciertamente, de ser tomados en cuenta:

«Ahí están, dice, en primer lugar, los valles de Vasconia, donde sin literaturas, sin uso oficial, se ha conservado durante *decenas de siglos* un idioma enriquecido con varios dialectos y tan perfectamente expresivo, que cuando se le ha llamado a la vida literaria moderna, ha acudido pronto y dispuesto, como si no fuera el lenguaje que usaron los hombres cuyos fósiles esqueletos se descubren en nuestras estaciones prehistóricas.

»El vascuence, que conserva en los valles del Pirineo su juventud, hace por lo menos *treinta siglos*; ha vivido allí, robusto, sin necesidad de cultivo ninguno artificial; sin otro oficio que servir de vehículo a un pueblo inteligente y generoso, para hablar en familia, para orar a Dios, para decir las madres cariños a sus hijos, y enseñar los ancianos la prudencia a los mozos, y requebrar los mozos a las doncellas, y cantar su independencia, defendida contra cien invasores al amparo de sus riscos.

».....¿A dónde han ido a buscarlos poetas y prosistas, los elementos genuinos con que remozar el lenguaje y estilo? No, ciertamente, a las Academias, que estudian el lenguaje analizándolo, como el botánico estudia las flores deshojándolas y privándolas de su jugo y aroma; sino a los labios del pueblo *úiterato*, que conserva el perfume del habla paternal, en la cabaña del pastor o del pescador y en el tugurio del labriego.»

Decía Cicerón, que las mujeres de las antiguas familias romanas hablaban el latín con cierto sabor arcaico y como perfume de castiza propiedad. Atribuía tal fenómeno a que aquellas damas no participaban de los efluvios disipadores del foro y del comercio mundial.

Algunas damas de la antigua y buena sociedad donostiarra, recordamos nosotros que hablaban el euskera con una gracia, un matiz y una expresión, que hoy no hallamos en muchos cultivadores de nuestra lengua.

En muchos casos, a la elegancia arquitectónica del habla en el pasado, ha sucedido una ingeniería pesada, monótona y mecánica.

Pero como dice muy bien el tratadista citado:

«No se parece el lenguaje a aquellos vegetales, que necesitan injerto para fructificar; sino más bien, como las fresas, tiene mayor fragancia en su estado silvestre, y pierde algo de ella con el *cultivo*, por más que reciba de éste mayor desarrollo y vistosidad.»

El mal que lamentamos en el país vasco con respecto a nuestra lengua adorable, es que va perdiéndose su uso con una pertinencia desesperante.

En la pasada centuria desapareció el euskera de muchas comarcas vascas en que antes reinaba con único cetro; actualmente continúa el mal en las capitales vascas y en otras poblaciones industriales.

Esa es la gran desgracia que nos aflige y que nunca lamentaremos bastante.

Contra ella hemos de aunar todos nuestros esfuerzos, para contener esa avalancha que amenaza la existencia de nuestra lengua, hemos de redoblar todas nuestras energías.

Pero no sólo hemos de contener la ola invasora, sino que reaccionando con heroica resolución, hemos de devolver el euskera al habla popular, haciendo que se expresen en él todos los vascos.

Como decía muy bien un prestigioso de la euskeralogía, lo que precisa hoy es que se hable en euskera. Bien o mal, como se pueda, pero en la lengua venerable que heredamos de nuestros mayores.

Eso es lo urgente, lo inmediato, lo que no admite espera, si no hemos de sucumbir envueltos en vergonzoso manto de impotente desidia.

Pero tan urgente necesidad no se resuelve con la creación de laboratorios, lenguas literarias y otros proyectos magnos que bullen en muchos cerebros. Todo esto, a lo sumo, podrá servir como nuevo deporte para intelectuales desocupados, pero no se avanzará un paso en la magna empresa de extender el uso del euskera entre los vascos que lo hayan olvidado.

Lo mismo diremos de la teoría que hemos visto defendida más de

una vez, y en la que se sostiene que la labor euskerizadora que hoy se realiza, debe ser con vistas a dentro de cuarenta años. ¡Cuarenta años!

Si continúa la desacertada actuación, por algunos ilusos defendida, dentro de cuarenta años no hará falta ninguna labor euskérica, porque de la vieja lengua de nuestros amores, sólo habrá quedado un lastimoso recuerdo.

Nuestra actuación debe referirse al día, al momento actual. Lo que convenga dentro de cuarenta años, ya lo resolverán los hombres de aquella época.

El problema actual, y volvemos a repetir, es el de extender el uso del euskera entre los vascos, y para ello hay que facilitar el estudio, crear ambiente favorable, y promover y fomentar cuantos medios puedan contribuir al fin deseado.

No deben inventarse novedades que compliquen el estudio de la lengua, sino más bien hacer cada vez más fácil y asequible su conocimiento.

La depuración de la lengua debe llevarse a cabo con orden, método y oportunidad. Nada de precipitaciones, sobre todo, nada que dificulte el estudio.

Debe crearse ambiente euskérico. Que el vasco oiga con frecuencia el euskera, que el sonido de las palabras vascas se familiarice en su oído. Las pláticas religiosas, los discursos en las públicas asambleas, las representaciones teatrales, los cantos populares, pueden ser de resultados eficaces para este objeto.

El lenguaje escrito es también un auxiliar formidable y en este aspecto será de resultados muy satisfactorios la publicación de documentos, libros, revistas, anuncios, rótulos, etc., en lengua euskara.

Todo ello y otros medios que las Corporaciones empiezan a adoptar exigiendo el conocimiento de nuestra lengua para desempeñar determinados cargos, crearán en el vasco la necesidad de aprender su propio idioma y a este fin responderán las escuelas vascas facilitando su estudio.

Mas que ese estudio se refiera al hermoso lenguaje, lleno de poesía y encanto que aprendimos de labios de nuestras madres y no artificiosa creación producto insípido de laboratorio.

PRO EUSKERA

II

Hemos afirmado que la necesidad urgente del momento en el país euskalduna es extender el habla venerable de nuestros mayores, de forma que ella brote de todos los labios vascos, como consecuencia de haberse prendido fuertemente en el corazón.

Porque deber de los vascos es ofrendar al noble símbolo de su raza, a la característica inconfundible de su pueblo, el homenaje más rendido de su ferviente amor.

Este afecto nuestro hacia el euskera debe tener todos los caracteres de un verdadero culto; y no constituiríamos con ello ninguna excepción en la historia de los pueblos que se han sucedido en el transcurso de los siglos.

El culto al idioma no es ningún caso de novedad inaudita, lo hallamos con frecuencia reflejado en las páginas de la Historia.

Diversos pueden ser los motivos que originen este culto, pero pueden admitirse como los más comunes y corrientes, los religiosos y los patrióticos.

Muchos ejemplos podríamos citar referentes al culto que por móviles religiosos han dedicado algunos pueblos a su lengua; pero, por el momento, nos limitaremos a citar a los indos y a los hebreos, quienes, del culto a la palabra divina contenida en sus libros sagrados, pasaron a rendir cierto culto a la misma materialidad del lenguaje en que se hallaba aquella revelación venerada.

También podríamos mencionar el mismo hecho, ocurrido en diferentes pueblos y por motivos de patriotismo, pero para nuestro caso, preferimos recordar lo que un tratadista de gran prestigio, y extraño a

nuestro país, ha dicho con relación al culto del idioma en el moderno resurgimiento del espíritu nacionalista.

Dice así:

«Los pueblos modernos, particularmente los que poseen un idioma diferente del lenguaje oficial del Estado a que pertenecen, se han mostrado en estos últimos tiempos celosísimos de él, y lo han cultivado y usado con un amor y empeño que constituyen un verdadero culto.

»No se mira ya en esos idiomas el medio de expresión más o menos adecuado, o bello, o provechoso de las ideas y sentimientos: se mira en él algo propio; algo que es carne y sangre de sus dueños; como son carne y sangre nuestra el solar, la historia, los blasones de nuestra patria.

»Claro está que, siendo ese culto del lenguaje una faceta o parte del patriotismo, hay que tener en cuenta, para moderarlo o juzgarlo, el mismo criterio que cuando del patriotismo se trata. El cual, mientras permanece dentro de los límites de la razón, es afecto virtuoso y obligatorio.»

El culto al lenguaje debe traducirse, no sólo en un fervor platónico, ni mucho menos en ditirambos encomiásticos, sino en su empleo en todos los actos de la vida.

No habremos adelantado un paso en nuestras ansias por la exaltación del euskera, si no logramos ensanchar el círculo, asaz limitado, en que hoy se emplea nuestra lengua adorada.

Nuestra acción continuada, perseverante, eficaz, debe dedicarse a ampliar ese núcleo, pero evitando al propio tiempo cercenarlo a causa de novedades poco meditadas que puedan malograr los más fecundos propósitos.

Hay que edificar sobre lo ya existente, y atendiendo cuidadosamente a su conserración. De tal suerte, que el cultivo superior, científico de la lengua, se haga sin perder el contacto con el pueblo que habla el euskera.

En este aspecto encontramos altamente patriótico y de conveniencia y aun necesidad perentorias el cultivo de la lengua, para depurarla de tanta incorrección y de tantos solecismos como se han ido acumulando por el abandono, principalmente, en que han tenido al euskera las clases ilustradas del país.

Porque como dice muy bien un autor reputadísimo en estas disciplinas lingüísticas:

«En las personas rudas, que usan su idioma sin haberlo estudiado,

sorprendemos a veces frases de estupenda energía, relieve, exactitud; pero raras veces dejamos de hallar solecismos y otras faltas gramaticales. Obran en ellos las leyes naturales del lenguaje, pero no obran con la constante regularidad que da el conocimiento de la Gramática.

»El trigo se puede dar silvestre en parajes propicios; pero una mies limpia y apropiada como la obtiene el labrador, no es posible hallarla sin cultivo. Lo mismo acontece en el lenguaje. Verdad es que la Gramática se funda en la inducción del lenguaje espontáneo; pero una vez descubierta su ley, la aplica de una manera más constante, excluyendo cuanto la contraría.»

Precisa, pues, el cultivo de la lengua, pero esta labor debe llevarse a cabo con prudente medida y atendiendo a la oportunidad de cada momento.

No debe de olvidarse que existe un núcleo que usa la lengua euskera, y que ese núcleo constituye una base fortísima sobre la que debe procurarse el florecimiento de la lengua.

Que un círculo de literatos, de filólogos, de hombres dedicados al estudio gramatical, no hable el euskera, no es razón para que existan masas, que podrán ser todo lo indoctas que se quiera, pero que hacen más por la lengua hablándola, que los científicos hablando de ella.

Al tratar, pues, del resurgimiento de la lengua no debe prescindirse de estas masas, no debe tratarse de edificar como si nada quedara del lenguaje hablado, error gravísimo en que hemos visto incurrir al espíritu inflamados quizás por el amor a la lengua, pero desconocedores del verdadero aspecto del problema euskérico.

La base de toda la labor euskerizadora deben constituir las masas que hablan nuestra lengua venerable, y su colaboración, que ha de procurarse con la mayor solicitud, debe ser el punto de partida de toda propaganda que se inicie en pro de la lengua.

Es utópico pretender constituir una base con nuevos elementos creados por gramáticos y lexicógrafos, despreciando al pueblo que ha tenido la fortuna de conservar su lengua, aunque esté adulterada por erderismos y solecismos.

El pueblo que hoy habla el euskera es la base natural, el cimiento multicentenario de resistencia probada, sobre la que con garantías de éxito seguro puede levantarse el edificio de restauración de la lengua.

Los otros grupos, que en el campo de la realidad, no han pasado hasta ahora de sueños y quimeras, no serían, a lo sumo, más que una base artificial sin cohesión ni consistencia.

Y no es que rechazemos a los que cumpliendo un deber patriótico, digno de los mayores elogios y más digno aún de tener gran número de imitadores, se dedican al estudio gramatical de nuestra lengua. No; lo que encontramos censurable, es que se haya pretendido fundar con éstos un grupo aparte; dando a su lenguaje un carácter de idioma nuevo y distinto, y presentándolos como base para la ulterior vida del euskera.

Deseamos nosotros que sean, no muchos, sino todos los vascos que tienen la desgracia de no poseer la lengua privativa, los que se impongan la nobilísima tarea de dedicarse al estudio de aquélla.

Pero no para formar legión aparte, ni para crear un dialecto más, desconocido para los que siguen hablando el euskera popular, sino para sumarse a los núcleos antes citados, aumentando y extendiendo las masas verdaderamente euskaldunas, hasta que no deje de figurar en ellas ningún hijo bien nacido de la Euskal erria.

En esta forma procede el cultivo de la lengua, orientando a las masas en el sentido de depuración de la lengua en forma prudente, ordenada y oportuna, sin que radicalismos y resoluciones poco meditadas hagan peligrar el buen resultado de la empresa.

No debe despreciarse el lenguaje popular donde existe un matiz, un colorido y un sabor, que raras veces se hallan en producciones gramaticales de nuestros días.

Las reformas del léxico deben realizarse paulatinamente y sin que originen un apartamiento de la masa popular.

Debemos procurar, principalmente, que el euskera no pierda su carácter propio e inconfundible, ese carácter, que a pesar de todos los errores gramaticales, se encuentra en el habla espontánea del pueblo; y no se halla en muchos neologismos de moderno cuño, y novísima fabricación.

Toda reforma, toda novedad, debe pasar por el tamiz del pueblo que conserva el oído fino para el dulce idioma que aprendió en el regazo materno. Las producciones de laboratorio, sin este requisito, son sumamente peligrosas.

Para terminar: que el euskera suene a euskera.